

EL OCASO DEL GUERRERO

Llega un momento en la vida de Juan María que los años, los muchos problemas enfrentados, la gran actividad van dejando huellas y pasando factura.

El H. Josu nos lo cuenta en su libro 'Ojos abiertos a más vida', del cual extraemos este extracto:



Se anuncia el ocaso

Gabriel Deshayes había estado en el retiro de verano en Ploërmel. La procesión tradicional al cementerio antes de concluir el retiro había sido especialmente fuerte y emotiva. Juan María de pie sobre una roca. *"Hijos míos estas tumbas son numerosas. No tardará en abrirse otra, la mía. Quiero que me coloquen en medio de ustedes".*

Y dirigiéndose a Gabriel Deshayes, que está a sus pies, dice: *"Mi venerable y santo amigo, los dos estamos tocando el término de nuestra carrera. Pronto habremos desaparecido de en medio de estos hijos".*

Unos meses más tarde, el veintiocho de diciembre de 1841 moría Gabriel en Saint-Laurent-sur-Sèvre. El pulgar de su mano derecha, la mano que había firmado en 1819 el Acta de nacimiento de la Congregación de Hermanos de la Instrucción Cristiana, se lleva a Ploërmel, según testamento, para ser enterrado más tarde en la tumba de Juan María...

La gracia de la debilidad

Va camino de una misión en la que han pedido su colaboración. Han sido días de un trabajo trepidante éstos de este invierno riguroso. Viajes entre lluvias o granizos, reuniones sin fin, correspondencia urgente que despachar ... y son ya 67 años en este cuerpo fuerte pero desgastado hasta la extenuación.

Estamos en Guingamp 16 de diciembre de 1847. Ocho y media, el inicio de la Misa. La mirada que se pierde. Una nube que enturbia los sentidos. El vacío en los pies. Sólo queda un hilo de voz: "Un médico". Y el desvanecimiento. Un ataque de congestión cerebral.

Horas de inquietud. El confesor presente, los últimos sacramentos... y el paciente que se repone lentamente. Apenas recobrado el conocimiento piensa en su hermano:

"Querido Féli:

Antes de ayer y en el mismo altar, ha estado a punto llevarme un ataque de apoplejía y parálisis. Hoy estoy mejor, pero todavía a corta distancia del umbral de la eternidad. En el que creía iba a ser mi último momento pensé en ti y ahora siento la necesidad de decirte que mi amistad, jamás alterada ni debilitada, es hoy más viva que nunca. Mi corazón 'rebosa del deseo de vernos un día reunidos en el cielo, como por la fe tan felizmente y durante tanto tiempo lo estuvimos en la tierra.

Te abraza cordialmente, tu hermano, Juan.

Por medio del sobrino Ángel Blaize este mensaje llega a la buhardilla de la calle Tronchet de París donde vive Féli. Esta vez el escritor se conmueve. Todo un pasado que creía muerto aparece ante sus ojos. Tras once años de silencio Juan recibe la primera carta, una carta medida pero cariñosa, de su hermano:

"Mi querido Juan, sé por Ángel, que sale mañana para irte a ver, el triste accidente que te ha sucedido, y que no tendrá, espero, las consecuencias que te ha hecho temer y que me preocupa verte prevenir, en la nota enviada. Si mi salud, peor que nunca desde hace meses, me permitiese el viaje, seguro que acompañaría a Ángel y, sin recordar el pasado que hay que dejar en adelante en el olvido, estoy feliz de abrazarte asegurándote de nuevo mi viejo, sincero y tierno afecto. Ángel, a su llegada, me dará noticias tuyas, que serán, espero, como las que yo deseo tan vivamente".



Juan María no volverá a ser el mismo. Su mano derecha se obstina en no escribir con la tenacidad que a él le gustaría. Y comenzarán poco a poco un cúmulo de achaques. Ha tocado el umbral de la eternidad. Va seguir trabajando como si nada hubiera ocurrido, disminuido físicamente, pero siempre lúcido y valeroso.

El fin puede estar cercano y hay que organizar la Congregación para cuando él desaparezca. Nombra a cinco Hermanos, su Consejo de Ministros, como él los llamaba, que se harán cargo de ella después de su muerte, hasta que se elija al Superior General. A partir de 1857 otros Hermanos le ayudan también en las visitas a los centros.

La vida que ya llega

El golpe recio (muerte de Féli) es el último de una larga cadena de dolores morales y físicos que han marchitado su cuerpo, han acentuado algunas aristas de su rostro, han hinchado algún rasgo de sus facciones, pero que no han podido quemar la fuerza de su mirada, vivaz, penetrante, tierna.

Ha estado siempre que ha podido en los consejos de la Congregación, que denomina con su inextinguible sentido del humor, "consejo de ministros".

El 19 de marzo de 1857, en una circular, anuncia que la visita a las comunidades, lo que él más quería, lo que los Hermanos impacientemente deseaban, pasaba a la responsabilidad de unos Hermanos de su confianza, los 'visitadores'. En ella, además, evoca la vida vivida y la relee, con mirada agradecida:

"Cuando pienso en el pequeño grano de mostaza que echaba a la tierra, hace cuarenta años, sin saber muy bien lo que sería de él, pero al cuidado de la divina Providencia, me es muy dulce, después de tantos años de trabajos y pruebas, ver hoy cómo se desarrolla vuestra obra en Bretaña, cómo se implanta en el sur de Francia y se extiende más allá de los mares. Al verlo no puedo más que desconcertarme y gritar con la Escritura: "Sí, el dedo de Dios está ahí"

La Pascua de 1860 fue el último día en que celebró la Eucaristía.



El 8 de septiembre había llegado a sus ochentas años, para pocos días después sufrir un nuevo ataque de parálisis que lo derrumbó de nuevo. Todos se dan cuenta de que es el final.

Postrado en su cama, se cansa enormemente con el rezo del Oficio. Come poco, unos caldos que le preparan con mimo. Se limita ya a desgranar el rosario, a que le lean algunas páginas del catecismo de Saint-

Malo, o capítulos sueltos de la *Imitación de Cristo*.

Es el día 24 de diciembre y el Hermano Cipriano como secretario escribe la última circular de Juan María. En ella se encierra su última voluntad, la felicitación navideña más amorosa, el anuncio de un día de nacimiento definitivo que está por llegar.

Ploërmel, 24 de diciembre de 1860

Queridísimos hermanos míos

Pocas enseñanzas son tan provechosas para la salvación como las que nos da el tiempo, cuando nos damos cuenta de la rapidez con que corre. Sepamos aprovecharlas. Cada año que acaba es un gran paso adelante hacia la eternidad; y, sin duda alguna, el que va a comenzar va a ser el último para varios de nosotros.... ¿Quién está preparado?

Les diré queridísimos hermanos míos, tomando prestadas las palabras del Apóstol: Es hora de que despierten de su sueño... El Señor está cerca. Tengo la dulce confianza de que, dóciles a la voz de mi paternal solicitud, que, quizás, se hace oír por última vez, se van a levantar y caminar con nuevo ardor por los senderos benditos del fervor y de la regularidad, dándose con más ímpetu que nunca a la práctica constante de sus Reglas y de las virtudes propias de su santa profesión. Los tiempos son malos: recen y consuelen a la Iglesia por medio del olor de todas las virtudes. Anímense a emplear en adelante los días que les quedan en pasar por la tierra sembrando mucho, para recoger en el cielo abundantemente. Para conseguir el objetivo de nuestra común esperanza, y que es el fin de sus penosos trabajos, consolídense cada vez más en la gracia, la paz, la caridad y la humildad de Nuestro Señor.

No les quiero ocultar, queridísimos hermanos míos, que mis fuerzas bajan sensiblemente: continúen rezando por mí; después de Dios y de la Virgen María, mi pensamiento más querido es para ustedes. Encaríñense de corazón y de alma con la santa Iglesia y con su Instituto. ¡Benditos serán por siempre Jesús y María Inmaculada! Amen.

J-M DE LA MENNAIS

Sup. Gen.

N B. Los hermanos del Secretariado unen sus felicitaciones a la de nuestro venerable Padre

Ploërmel, víspera de Navidad de 1860

El día veintiuno, el párroco de Ploërmel le había administrado la Unción de los enfermos. Cuando le hace la pregunta del ritual '¿Crees todas las verdades que enseña la Iglesia Católica?', el venerable moribundo reúne todas las energías que le quedan, dos lágrimas ruedan por sus mejillas y contesta con voz firme y clara: 'Sí, creo, creo'.

Atardece. A cada minuto está obligado a cambiar de posición. Esta mañana ha recibido el Viático, el pan para el camino, el Pan para llegar hasta el fin.

El 26 de diciembre de 1860, se van apagando los ojos de Juan María. Unos ojos que han estado infinitamente abiertos y que quieren seguir llevando a los jóvenes a más vida.

"Acaba mi obra", dijo a su sucesor.

¿Demasiado lúcido, demasiado valiente, demasiado tenaz, Juan María?

"Acaba mi obra"...

El mensaje más claro, la despedida más tierna.

Luego un dulce sopor.

